

## EL RISORGIMENTO VISTO POR LA PRENSA ESPAÑOLA

El panorama que presenta al historiador el Risorgimento italiano, analizado a través de la prensa española de su época, dista mucho de ser uniforme y homogéneo. Por una parte, lo impide la amplitud del período histórico considerado —medio siglo separa el alzamiento constitucional en Nápoles y Piamonte de 1820, de la entrada de las tropas italianas en la Ciudad Eterna por la brecha de la Puerta Pia—; por otra, esa imagen, ya variada y multiforme de por sí, se refleja en un medio agitado, cambiante, como es el del siglo XIX español. Así, encontramos que al coincidir los primeros chispazos en Nápoles y Piamonte con nuestro trienio liberal, la prensa española apoya de manera entusiástica los objetivos políticos que se proponen alcanzar los patriotas italianos; no podía suceder lo mismo en 1848, con una España gobernada de manera casi dictatorial por Narváez, dispuesto a cortar los brotes revolucionarios. Por fin, en las últimas etapas del Movimiento italiano, de 1859 a 1870, la ausencia de freno gubernamental a las informaciones de prensa, da lugar en el seno de ésta a múltiples controversias, que no pocas veces degeneran en verdaderos duelos entre las publicaciones representativas de tendencias políticas opuestas.

A través de este breve esbozo del tema se puede apreciar que su análisis requiere seguir, siquiera con un mínimo de aproximación, el hilo de los acontecimientos históricos. Ahora bien, señalemos, llegados a este punto, que el periódico tiene, por lo general en el siglo XIX, una vida efímera, por lo que publicaciones que en un determinado momento pueden considerarse como representativas de una tendencia, no aparecen ya en el período siguiente. La única excepción importante es *El Diario de Barcelona*, cuyos comentarios, por otra parte, no son de interés sino a partir de 1850.

Hechas estas consideraciones previas, centraremos nuestra atención en el

estudio detallado de lo que pudiéramos denominar «momentos decisivos» de nuestro tema.

\* \* \*

Como ya hemos indicado, los movimientos constitucionalistas de Nápoles y Piamonte en 1820 encuentran un ambiente sumamente favorable en los comentaristas españoles del período. En los primeros momentos, cuando triunfan los constitucionalistas en los reinos antes citados y, subsiguientemente, Austria anuncia su intervención, se escribe con un optimismo quizá exagerado —«todas las probabilidades de la guerra de Italia son contra el Austria», apunta *El Censor*—; con profundo sentimiento más tarde por la derrota y la represión sufrida por los italianos.

Tres puntos principales son de notar en los comentarios que a lo largo de 1821 se van sucediendo en las diversas publicaciones españolas:

A) Aparece por vez primera, y con fuerza singular, la idea de constituir una confederación, como medio de conseguir la unidad italiana. «Este solo movimiento, comenta *El Censor* (1), ha confederado a los piemonteses y napolitanos con un vínculo más fuerte que todos los tratados» y «será el comienzo de la grande confederación italiana... único medio que hay para sostener la independencia de Italia y el equilibrio europeo». Confederación en que se integrarían también «la Toscana, el Estado pontificio y las demás soberanías pequeñas de Italia». Como se puede apreciar, nada se dice respecto al Lombardo-Véneto, si bien se insiste en la necesidad de dotar a la nueva forma política de un sistema constitucional, con el doble fin de salvaguardar las libertades públicas y la independencia respecto a Austria.

B) Se apunta ya a Piamonte como centro de las esperanzas italianas, si bien de modo leve y junto a augurios nada favorables respecto al porvenir de la casa de Saboya (2).

C) En los comentarios posteriores a la derrota se subraya la dependencia de los príncipes italianos, incluido el Pontífice, respecto a Austria: «Los potentados de Italia no son más que unos principetes feudatarios del Austria», dirá despectivamente con frase muy al gusto de la época *El Universal* (3).

(1) *El Censor*, 31 de marzo de 1821. «Sobre la situación de Italia».

(2) *El Universal*, 8 de agosto de 1821.

(3) *El Universal*, 6 de julio de 1821.

De secundaria importancia son, por fin, los continuados ataques a la política austríaca en Italia y las no menos frecuentes alusiones a nuestra Patria como adelantado de la reforma política en Europa (4).

\* \* \*

La Revolución de 1830 no tuvo sino limitadas consecuencias en Italia, si bien los chispazos, pronto sofocados, de Módena, Parma y los Estados Pontificios, sirvieron para demostrar que liberales y radicales italianos seguían dispuestos a luchar por la unidad, así como que Viena estaba preparada para impedirlo.

Las espadas se mantuvieron en alto hasta 1848, pero esto no significa que el choque no se presintiera desde España con anterioridad. Particularmente suscitó múltiples comentarios la elección del cardenal Mastai-Ferretti, en 1846, como Pontífice, al ser considerado patriota y favorable a las reformas. Las palabras de Balmes que, un año más tarde, elogian la conducta del Pontífice en favor de la unidad italiana (5), dan la pauta de lo que será el pensamiento conservador español en relación con el Risorgimento: en primer lugar, una simpatía sincera respecto a los patriotas italianos y sus aspiraciones, y, al mismo tiempo, el convencimiento absoluto de que, en cualquier caso, la razón está siempre de parte del Pontífice, al que es preciso escudar y apoyar contra cualquier oposición. Por ello, la contradicción aparente que existe entre la postura de Balmes en 1847 y la de cualquier conservador dos años más tarde, calificando de la manera más desfavorable al movimiento italiano, no es sino el fruto de una evolución completamente lógica. En un primer momento, cuando coinciden los caminos del Pontífice liberal y el movimiento patriótico, no existe problema: con el mismo prisma se considera la política pontificia y la italiana. Más tarde, los centros de ambas esferas —permítasenos el símil geométrico—, se van separando; ya es preciso iniciar un giro en la actitud respecto a la menor —sin duda, la del patriotismo italiano—. Por fin, en un tercer momento,

(4) Entre otros, véase *El Universal*, de 26 de noviembre de 1820.

(5) «Si el Papa ha querido proceder de modo que no quedase motivo ni pretexto para mirarle como un protegido del Austria, si el Papa ha querido prevenir que en adelante no hubiese necesidad de que penetrasen en sus Estados los ejércitos austracos...; si el Papa... se ha sentido animado del renacimiento de la nacionalidad italiana, no hay corazón generoso que no deba aplaudirle; no hay alma noble que no deba felicitarle; en este hidalgo pensamiento se habrá conformado el Papa con el de sus predecesores, quienes al propio tiempo que defendían las prerrogativas de la Iglesia, defendían también la independencia de Italia.» Nótese la jerarquía que ya se establece en la última frase. Recogido en *El Diario de Barcelona*, 20 de noviembre de 1859.

ambas esferas se enfrentan, no existe ningún contacto entre ellas, y los comentaristas conservadores españoles definen su actitud, por el Papa y contra Italia, del mismo modo radical e intransigente con que por los mismos días planteaba sus contraposiciones Donoso Cortés. No en vano fué este pensador quien con más energía solicitó la intervención española para proteger a la Santa Sede (6).

Como ejemplo típico de esta evolución, encontramos los comentarios publicados por *El Heraldo*, de Madrid, entre marzo de 1848 y abril de 1849. En el primer período, que comprende hasta julio de 1848, se suceden sin interrupción las palabras de apoyo a la causa italiana: «No necesitamos decir de qué parte se inclinan nuestras simpatías», se escribe (7), pensando en la liberación del norte de Italia, e incluso en la posibilidad de que Pío IX fuese en persona a alentar a los patriotas. Las ideas fundamentales que podemos hacer notar son, de modo esquemático:

A) Se propugna de nuevo la constitución de una confederación italiana a cuyo frente se colocaría Pío IX (8), y se llega, incluso, a concretar las bases de constitución de dicha forma política. División de la península en seis Estados: Nápoles, Sicilia, Estados de la Iglesia, Reino de Etruria, Lombardía y Cerdeña. Módena sería entregada al duque de Toscana y Lombardía podría elegir forma de gobierno libremente. Una dieta residente en Roma, bajo la presidencia del Papa, serviría de celador de la alianza ofensiva y defensiva entre los seis Estados (9).

B) Se aprovecha el conflicto de intereses entre Austria e Italia para proclamar que «el derecho de las nacionalidades constituye en el día el derecho público de Europa» (10).

C) Se expresa la confianza en que persista la alianza entre «el principio monárquico y liberal», constituyendo «en el Norte de Italia un reino poderoso» (11). En otro comentario se señala que «no hay el más leve síntoma que anuncie la propagación del principio republicano», existiendo sólo posibilidades de ella en Lombardía y, aún así, de marcado carácter aristocrático (12).

---

(6) MARIO PUPPO: «La rivoluzione italiana vista da uno spagnolo», en *Roma-Madrid*, número 11.

(7) *El Heraldo*, 6 de abril de 1848.

(8) *El Heraldo*, 15 de abril de 1848.

(9) *El Heraldo*, 17 de abril de 1848.

(10) *El Heraldo*, 27 de abril de 1848.

(11) *El Heraldo*, 6 de abril de 1848.

(12) *El Heraldo*, 15 de abril de 1848.

Al margen del contenido doctrinal apuntado se pronostica que es «ya casi indudable que el Austria se queda sin la Italia» (13).

El segundo momento de *El Herald* apenas llega al mes de duración, y en él pronto se advierte el cambio de posición. Señalemos que en julio tuvo lugar la derrota piemontesa en Custoza, seguida de un armisticio, al tiempo que el Papa se situaba al margen del movimiento patriótico. Ya el 19 de julio se juzga que «la guerra con Austria ha dejado de ser nacional desde que Nápoles y Roma han retirado sus tropas», siendo por tanto de esperar un arreglo que dejase Lombardía a Carlos Alberto; pero al mismo tiempo, junto al aserto que «la inmensa mayoría de la nación es digna de la independencia a que aspira», se inician ya los ataques contra la demagogia republicana, a la que nueve días más tarde se proclama como «la enemiga más terrible de la libertad y de la independencia de Italia». Y el 7 de agosto, en unas líneas llenas de retórica, se acusa la maldad de los revolucionarios respecto a Pío IX, que a su vez recibe todo género de elogios. Tres días más tarde se sostiene como mal menor un acuerdo con Austria, antes que dejar seguir su cauce a la Revolución, y el 12 de agosto se escribe que «la causa de la independencia italiana está ya perdida. Radetzky acaba de darle, bajo los muros de Milán, un golpe supremo, del que no se levantará.»

Como se puede apreciar en las líneas anteriores, los ataques a los patriotas italianos no son aun directos (14), si bien las simpatías se expresan de modo cada vez más tenue y con mayores reservas. Esta tendencia culminará con los sucesos del otoño de 1848 en la ciudad del Tiber, con el asesinato del conde Rossi y la expulsión del Pontífice, recogidos de modo indignado por la prensa española.

Llegamos así al tercer momento, cuyo punto culminante es la reanudación de las hostilidades entre Carlos Alberto y Austria en la primavera de 1849. Se hacen toda clase de pronósticos e, incluso, se llega a afirmar que «Carlos Alberto está de tal modo rodeado y vendido que no encontrará otro medio para salvarse que arrojarse en los brazos del Austria» (15). Días más tarde, al comentar la declaración de guerra del piemontés, se suceden los ataques contra los republicanos de Roma y Toscana, haciendo notar —en oposición total a lo escrito un año antes—, que «nada valen a los ojos de los italianos que quieren la independencia las consideraciones diplomáticas...; no son ya los italianos aquellos hombres que suspiraban por entrar en la senda de la cultura moderna: son frenéticos...», para terminar juzgando a Italia incapaz de la

(13) *El Herald*, 5 de abril de 1848.

(14) Todavía el 10 de agosto se elogia la labor de Garibaldi.

(15) *El Herald*, 20 de marzo de 1849.

independencia y la libertad «porque no acertó a ahogar la cizaña de la demagogia» (16). Por fin, al comentar la derrota de Novara se aprecia que «la caída de Carlos Alberto y su dolorosa humillación es un suceso triste y lamentable; pero como asegura la paz del mundo, el restablecimiento del Papa, la derrota de la demagogia y el triunfo de los principios conservadores, las ventajas conseguidas equilibran con exceso la desgracia en que ha incurrido» (17).

Vemos, pues, cómo se ha completado el giro y la opinión conservadora española, de apoyar al movimiento italiano, pasa a estar frente a él (18). Mientras tanto, se preparaba la intervención de la escuadra que, dirigida por Bustillos, intervendría en las operaciones de asedio de Roma; los comentarios se van haciendo cada vez más espaciados y se limitan a señalar el estado de inquietud que reina en Italia (19). Por lo demás, sólo cabe señalar el queda cuenta del ataque de que fueron objeto algunos oficiales españoles por la multitud, en Génova, y que indica lo poco simpática que resultaba nuestra política a ojos de los italianos (20).

Recogemos, por fin, las ideas de un destacado político español, Martínez de la Rosa, respecto a la solución de los problemas que afectaban a la Santa Sede, con motivo de la revolución italiana. Dos son los puntos principales que señala el doctrinario español:

A) Precisión absoluta de sentar, «como una de las bases del Derecho público europeo el poder temporal del Papa que posee a tenor de los tratados». Para Martínez de la Rosa el mantenimiento del poder temporal es completamente necesario para asegurar la independencia espiritual del pontífice.

B) Como complementaria de la primera medida se declararía «la neutralidad absoluta y perpetua de la Santa Sede». Tomó el gobernante español como ejemplos positivos de una medida semejante, los conseguidos en Suiza y Bélgica, tras de lo cual hace notar la mayor importancia que no sólo para Europa, sino para el mundo, significaba

---

(16) *El Heraldo*, 23 de marzo de 1849.

(17) *El Heraldo*, 3 de abril de 1849.

(18) El profesor PUPPO, en el artículo antes citado, atribuye a los periódicos españoles, en su conjunto, la declaración de que la primera guerra de independencia italiana había sido «inicia en su origen, fatal e ignominiosa en su éxito». Esto quizá es atribuible a un reducido sector de la prensa, pero nunca al conjunto.

(19) «En Italia, aunque comprimido, fermenta el espíritu revolucionario», se puede leer en *La Semana*, de 30 de diciembre de 1849, y el 4 de febrero siguiente se indica que «la Italia sigue tranquila, comprimida por el ejército austríaco».

(20) *La Semana*, 18 de febrero de 1850.

la intangibilidad del estado papal. No concibe Martínez de la Rosa un pontífice conquistador, ni modificaciones territoriales en el Estado pontificio. Significaría la neutralidad colocar «al Papa fuera del torbellino de la política, en una esfera más elevada, inaccesible, desde donde podría llenar con más seguridad la misión que tan bien sienta al representante de un Dios de la paz».

C) A estas dos medidas de orden exterior, añade Martínez de la Rosa la necesidad de reformas internas en la administración del territorio pontificio: «El medio más sencillo de evitar las revoluciones en Roma, como en todas partes, consiste en sentar las bases de un buen gobierno... Hoy, más que nunca, es necesario hacer mejoras, estirpar antiguos abusos, establecer el orden de la Administración, la economía de la Hacienda, quitar pretestos al partido revolucionario para que no llegue a estraviar la opinión pública y sembrar el descontento». Es decir, que Martínez de la Rosa reconoce las deficiencias del gobierno papal, e intenta coordinar las justas aspiraciones del pueblo romano con la autoridad del Pontífice.

Por fin, señala lo cuidada que estuvo la revolución contra el Papa y la coincidencia, feliz para los revolucionarios, con el movimiento en pro de la unidad italiana que, según nuestro autor, no tuvo sino carácter instrumental (21). El plantear la petición de gobierno parlamentario y guerra contra Austria «en el fondo era la misma cosa que pedir al envilecimiento y la destrucción del papado». Para Martínez de la Rosa, hay que aprovechar este descubrimiento del juego revolucionario, adoptando las medidas antes enunciadas para impedir su repetición con resultados positivos (22).

Ahora bien, existe un reducido sector de la prensa, representado por el diario madrileño *La Esperanza*, que no sigue la evolución típica de los moderados españoles porque desde el primero momento se ha situado frente al movimiento italiano y en pro de Austria. Ya en marzo de 1848, denunciaba el carácter irreligioso de la revolución y la impotencia del rey saboyano (23), y cuatro meses más tarde celebra que el trono imperial se levante «más erigido y poderoso» (24). De todas maneras, no podemos de momento ver la

(21) «Por esta época la idea de la independendencia, de la unidad italiana, más o menos vaga, concebida en esta o en aquella forma, se había hecho popular y el partido revolucionario se apoderó hábilmente de esta palanca para remover las bases del Gobierno».

(22) «Opiniones de Martínez de la Rosa en 1849». Recogidas en *El Diario de Barcelona*, de 15 de julio de 1860.

(23) *La Esperanza*, 20 de marzo de 1848.

(24) *La Esperanza*, 27 de julio de 1848.

posición representada por *La Esperanza*, sino como una corriente marginal de la opinión pública española, en modo alguno representativa, y que si en algún momento vendrá a coincidir por las circunstancias con la corriente central, denotará siempre una evidente diferencia de puntos de partida: mientras que la opinión moderada típica oscila siempre en un bipolarismo entre liberalismo y catolicidad, la duda no existe para los ultra-conservadores como *La Esperanza*, al ser todo liberalismo símbolo de revolución e «iniquidad».

\* \* \*

Por un momento, con la derrota piamontesa y la reposición del Pontífice en Roma, parece que definitivamente Austria es dueña de la situación. Llega entonces el momento clave: la caída del ministerio D'Azeglio en Turín a fines de 1852, seguida de la imposibilidad de Balbo de formar un Gobierno moderado por la intransigencia de Pío IX, coloca a Víctor Manuel II ante la alternativa de, siguiendo las vías constitucionales, designar un Gobierno Cavour, con quien no simpatizaba, o decidirse a obrar de espaldas a la ley, despreciando la mayoría parlamentaria, a lo que le incitaban los consejos del Pontífice y la Cancillería austríaca. De haber seguido esta última solución, el Risorgimento hubiera sufrido un rudo golpe, al tiempo que de ser Movimiento conservador y monárquico se hubiera convertido en republicano y extremista. La elección de Cavour significa la apertura de nuevas posibilidades para el Movimiento italiano, posibilidades que tomarán cuerpo en 1859 con la alianza con Napoleón III en la nueva guerra contra Austria (25).

Este conflicto constituye el punto culminante del Risorgimento, no tanto por sus resultados inmediatos —la obtención de Lombardía—, como por sus consecuencias en los dos años siguientes: la anexión por Piamonte de los ducados de Módena, Parma y Toscana —que inauguran la aplicación del discutido método de las anexiones plebiscitarias—, de las Legaciones pontificias, la conquista del Reino de las Dos Sicilias por Garibaldi en lo militar y por Cavour, diplomáticamente, y, por fin, el planteamiento de la llamada «cuestión romana». No es de extrañar que durante estos dos años los acontecimientos de Italia polaricen la atención de los periódicos españoles con una intensidad sin precedentes y que, por otra parte, no volveremos a encontrar. En 1866 la liberación de Venecia se mostrará como algo secundario en comparación con la lucha en Bohemia entre Austria y la Alemania de Bismarck y en 1870 la

---

(25) Véase GIUSEPPE TALAMO, ENZO TAGLIACOZZO, GIUSEPPE CATALUCCIO, LEO VALANI, LEONE BORTONI, PIERO PIERI: *Storia d'Italia*, de U. T. E. T., Torino, 1960, t. IV, páginas 8 y sigs. Por otra parte, contiene la obra abundante y escogida bibliografía.

ocupación de Roma coincidirá con la guerra franco-prusiana. En 1859 y 1860, la ausencia de otros acontecimientos internacionales de importancia, junto a la variedad de situaciones que ofrecen los sucesos de Italia, concentra en ellos la atención de los comentaristas españoles. Veamos, pues, cómo se consideran en nuestro país los sucesivos pasos que, de modo acelerado, se dan en esos dos años hacia la unidad italiana.

Con anterioridad a la ruptura de hostilidades entre sardos y franceses por una parte y austríacos por otra, ya se vienen haciendo especulaciones sobre el carácter y posible resultado de la contienda aún no iniciada. Se ven pocas probabilidades de salvaguardar la paz y para ello sería necesario, según el moderado *La Epoca*:

A) La cesión por Austria del Lombardo-Véneto, bien tomando compensaciones territoriales en el Danubio, bien constituyendo a las dos provincias unidas en un reino independiente.

B) Efectuar, para salvar a Roma, «urgentísimas reformas en los Estados de la Iglesia».

C) La separación, por parte de Leopoldo II de Toscana y Fernando II de Nápoles, de su política anti-italiana, con el fin de no ser derribados de sus tronos (26).

Se señala, por otra parte, que «el Piamonte es el abogado natural de los grandes intereses italianos» (27), y que, dada la natural aversión de la raza latina contra la teutónica (28), es preciso que los austríacos abandonen Italia, para —señala Bravo—, así lograr la independencia italiana, ya que no es posible la unidad (29).

Día a día, la idea de un conflicto armado va abriéndose paso en los comentarios y, el 23 de abril señala M. López en *La Epoca* a «la guerra, única solución posible a la cuestión italiana».

El mismo día, a consecuencia del ultimátum austríaco, concedía en Turín la Cámara plenos poderes al Gobierno piemontés y la guerra era un hecho. Lo impolítico de la acción austríaca se traduce en la repulsa de los ambientes moderados de Europa, que, en Madrid, refleja *El Diario Español* refiriéndose al «conflicto a que el Austria ha lanzado a la Europa con su desesperada conducta» (30).

(26) *La Epoca*, 11 de abril de 1859.

(27) *La Epoca*, 5 de abril de 1859.

(28) *La Epoca*, 11 y 15 de abril de 1859.

(29) *La Epoca*, 23 de abril de 1859.

(30) *El Diario Español*, 27 de abril de 1859.

Se suscita entonces la cuestión de la postura a adoptar por España frente al conflicto. Examinemos las distintas posturas:

A) La opinión predominante es la de guardar la más estricta neutralidad, si bien con apoyo moral a la causa italiana. Así se manifiestan publicaciones como *El Diario Español* y *La Epoca*. Por su parte *La Gaceta Militar* sugiere el envío de oficiales españoles para que se instruyan en las nuevas tácticas militares (31).

B) Como excepción, figuran las posiciones de *El Occidente*, conservador, y *Las Novedades*, que advierten que «la neutralidad sería imposible, y aun siendo posible, sería inconveniente», pues equivaldría a una confesión de impotencia y nulidad (32). Señalemos que escaso fué el eco encontrado por esta poco fundamentada posición.

C) Por fin, no faltan posiciones que rozan el absurdo, como la del periódico monárquico *La Regeneración*, que se pronuncia por la neutralidad, si bien cuidándose de proteger militarmente Roma... y las Baleares ante la eventualidad de una posible agresión.

A partir de la iniciación de las hostilidades el comentario deja paso a la simple noticia o a la explicación de los hechos militares, para nosotros carentes de interés. Sólo nos queda al respecto señalar que, naturalmente, la posición pro-italiana no era compartida por el sector representado por *La Esperanza*, para quien no existen dudas respecto a quien inclinarse, «teniendo el Austria de su parte el derecho y la causa del orden» (33).

Como consecuencia de la batalla de Magenta y la entrada de sardos y franceses en Milán, se plantean dos cuestiones: ¿cuál sería la organización política de Italia al término de las hostilidades?, y, como consecuencia especialmente interesante de esta interrogación fundamental: ¿qué suerte correrían los pequeños tronos del centro y norte de la península? Al mismo tiempo, surge en el ambiente español el temor a un engrandecimiento excesivo de Francia, como se puede apreciar en un comentario de Carlos Navarro en *La Epoca*: «Simpatizamos —¿cómo no, si es nuestra propia causa de 1808?— con el Piemonte; pero no queremos el engrandecimiento de Francia en las márgenes del Po y del Tesino» (34).

En lo concerniente al futuro de los ducados, se aprecia que sobre la suerte

(31) *El Diario Español*, 29 de abril de 1859.

(32) *El Occidente*, 28 de abril de 1859.

(33) *La Esperanza*, 25 de abril de 1859.

(34) *La Epoca*, 12 de mayo de 1859.

de Francisco V de Módena, fiel vasallo de Austria, nadie se preocupa con especial interés. Por el contrario, se suceden los comentarios en *La Epoca* respecto a la necesidad de conservar la existencia del ducado de Parma o, incluso, engrandecerlo (35). Más abundantes y variados resultan los comentarios sobre el futuro de Toscana: Lozano en *El Diario Español* considera posibles tanto el sostenimiento de la dinastía como la proclamación de un príncipe napoleónico, o la unión con Piamonte (36). Solución que estima impracticable Larrosa en *El Diario de Barcelona*, dada la importancia cultural de Toscana, considerando posible, en cambio, su engrandecimiento territorial y, por supuesto, la plena independencia (37).

Otra cuestión que se plantea, una vez liberada Milán, es el futuro de Venecia. Excepto para *La España*, *La Esperanza* y demás publicaciones de signo ultra-conservador, la respuesta es considerar a Venecia como indispensable para la libertad e independencia italianas. Además, apunta *La Epoca*, una Venecia austríaca significaría el peligro de una nueva guerra (38).

Llegados a este punto, un acontecimiento distrae por unos momentos la atención de los sucesos del Norte: el fallecimiento de Fernando II de Nápoles. Ante el advenimiento del joven Francisco II, unido por lazos de familia con los Saboya, expresan los periódicos moderados la esperanza de un cambio en sentido pro-italiano de la política del reino meridional (39). Esperanza que se vería pronto desvanecida por las indecisiones de aquel «jovencito apagado y poco inteligente», como lo definió Benedetto Croce.

La idea de la confederación italiana, que hemos visto brotar en 1820 y 1848, encontraría pasajero triunfo en los acuerdos de Villafranca, pero ya antes del choque de Solferino se especula sobre las características que tendría la casi segura federación. Según *La Epoca*, la confederación englobaría a «una gran monarquía sarda, un reino toscano, un más estenso ducado de Parma, un Estado pontificio reformado y un reino de las Dos Sicilias constitucional. Esto implicaría la desaparición del ducado de Módena y de la dominación austríaca» (40). Para *El Diario de Barcelona* se reducirían a cuatro los Estados italianos: Piamonte, Toscana, Roma y Dos Sicilias (41).

La llegada de las noticias de Solferino autoriza a *El Globo* a pensar que:

(35) J. JUANCO, en *La Epoca*, 14 de junio de 1859 y días sucesivos.

(36) *El Diario Español*, 10 de mayo de 1859.

(37) *El Diario de Barcelona*, 6 de junio de 1859.

(38) *La Epoca*, 24 de mayo de 1859.

(39) *La Epoca*, 25 de mayo de 1859; *El Diario Español*, 1 de junio; *El Diario de Barcelona*, 7 de julio, etc.

(40) *La Epoca*, 14 de mayo de 1859.

(41) *El Diario de Barcelona*, 6 de julio de 1859.

la derrota de Austria serviría para restablecer la paz. Paz que, en efecto, no tardaría en llegar, y que, por inesperada, se traducirá en un alud de comentarios de los más diversos sentidos..

\* \* \*

El acuerdo firmado en Villafranca por Napoleón III y Francisco José de Austria, sirve, como acabamos de apuntar, para desencadenar en la prensa española una serie de comentarios contradictorios, debido tanto al apasionamiento de los escritores como a las ambiguas características del arreglo (42). Ya desde el momento en que se conoce su existencia, se lanzan los comentaristas a hacer conjeturas sobre sus posibles condiciones. Para Lozano, en *El Diario Español*, sería una torpeza todo acuerdo que no liberase Venecia o que permitiese la conservación de fortalezas para la Confederación germánica (43).

Al conocer las cláusulas de lo convenido, cabe señalar tres posiciones:

A) Las de las publicaciones que consideran la paz como beneficiosa, por contener la Revolución. Se trata de los conservadores de extrema derecha *La Esperanza*, *El León Español*, *El Estado*, *La España*, etc.

De estas posiciones favorables a la paz, destaca la de *La Esperanza*, que confía el acuerdo «sirva de freno a la Revolución» y pone a ésta en conexión con la matanza de frailes de Madrid en 1834. En todos estos periódicos son frecuentes los ataques a Víctor Manuel II y su «revolucionario ministro Cavour» (44). En lo que ya no coinciden los periódicos ultra-conservadores es en la viabilidad de la confederación italiana. Es adverso a ella *El León Español*, por considerarla contraria a los intereses papales, mientras que *La España* se limita a aludirla brevemente y *El Estado* la considera como cosa hecha al estar de acuerdo en la cuestión los dos emperadores. Por último destacaremos los elogios que hace de Napoleón III *El León Español* (45) y el carácter anti-italiano ya demostrado en anteriores ocasiones por este sector de la prensa.

---

(42) 8 de julio de 1859.

(43) *El Diario Español*, 10 de julio de 1859.

(44) Entre otros, *La España* y *El Estado*, de 15 de julio de 1859.

(45) *El León Español*, 15 de julio de 1859. Los comentarios que a continuación se citan, corresponden a las mismas fechas, aproximadamente.

B) Periódicos que señalan las ventajas y defectos de la paz, buscando al menos un cierto grado de objetividad, entre los que encontramos *El Día*, *La Epoca*, *El Conciliador* y *El Diario de Barcelona*.

Los comentarios de *El Conciliador* presentan un carácter intermedio, que es favorable al cese de las hostilidades, pero que duda sobre si la solución dada en Villafranca será o no definitiva. Como objeciones apunta la posible ambición de Víctor Manuel, la situación del Véneto y el ansia de los «exagerados patriotas». Se encuentra, pues, en una postura media entre los extremismos de los periódicos antes estudiados y la objetividad —o al menos el intento de lograrla—, de *El Día*, *La Epoca* y otras publicaciones de esta línea. Destaca *El Día* por la ponderación de su comentario, en el que se congratula de las ventajas obtenidas por Víctor Manuel y su «sobremanera inteligente ministro Cavour», si bien no deja de lamentar que la independencia italiana «no sea aun una realidad absoluta». Por su parte, *La Epoca* considera beneficiosa la paz, tanto por la liberación de Milán como por el logro de su tan ansiada confederación italiana.

C) Publicaciones contrarias a la paz, normalmente de signo progresista o republicano, al considerar el acuerdo una traición a los intereses de la libertad.

En este sector encontramos en el diario republicano *La Discusión* la antítesis del antes citado *La Esperanza*. Considera la paz como catastrófica y ataca tanto a Napoleón III por haberla firmado como a Víctor Manuel por haber accedido a ella, a una «paz violenta, material e improcedente».

Con una argumentación más lógica, pero no por ello con menor decisión, se opone al acuerdo el destacado diario liberal *La Iberia*, que al tiempo que reconoce que se ha liberado a Lombardía y humillado a Austria, advierte que «la paz está firmada, pero la paz no está asegurada, ni la cuestión italiana resuelta». Posteriormente dará siete razones de este aserto: entre otras, considera nocivo el aumento de poder papal que resultaría de colocarse a la cabeza de la confederación y aún más la reposición de los titulares de los ducados; ataca la falta de palabra de Napoleón III y el injusto trato de segundón a Víctor Manuel, así como la permanencia austríaca en el Véneto. Esto al tiempo que dirige sus elogios al rey sardo y al valor de sus soldados. No difieren mucho de *La Iberia* los comentarios de *El Clamor* y *Las Novedades* —a quien antes vimos pugnando por la intervención de España en la guerra—, quien considera la proyectada confederación, no como una solución a la cuestión italiana, sino como «un aplazamiento funesto que dará por resultado una

nueva guerra», dada la permanencia austríaca en Italia y la vuelta de los duques destronados.

Una vez desplegado el abanico que nos ha servido para examinar las distintas posiciones tomadas frente al acuerdo de Villafranca, examinemos el reflejo en la prensa española de los acontecimientos que a continuación se produjeron en Italia: la anexión de ducados y legaciones, y la «expedición de los mil».

\* \* \*

La anexión de los ducados de Toscana, Módena y Parma al Piamonte tiene lugar paralelamente en tres etapas: a) Expulsión de las respectivas casas reinantes. b) Envío por el Piamonte de un representante extraordinario con objeto de asegurar la situación. c) Proclamación de unión al Piamonte, ratificada por sendos plebiscitos. Este proceso, que se desarrolla entre el verano y el otoño de 1859, sirve para escindir los criterios de los periódicos moderados y así, mientras *El Diario de Barcelona* considera normal que ninguno de los tres ducados quiera volver a acoger a sus antiguos soberanos y que, en consecuencia, se agrupen en torno a Piamonte, *La Epoca* solicita que Piamonte renuncie a la anexión (46). La razón que el comentarista Juanco, de esta publicación, esgrime, es que Italia, una vez unida, se separaría en veinte principados, pues «la unidad fecunda de Italia no puede ser obra de un día, sino la de siglos». Pero el paso del tiempo y la fuerza de los acontecimientos se impuso, como se aprecia en un comentario de *La Epoca*, meses más tarde, en que si bien se declara jurídicamente «insostenible» la anexión, se considera «hecho rigurosamente lógico atendidas las aspiraciones de los italianos» (47).

Los preliminares de Villafranca parecen prever una confederación como solución del problema italiano; ya vimos cómo se juzgaba la idea en España. Su realización, que *El Diario de Barcelona* nunca consideró viable, refiriéndose a ella como «lazo tendido a la independencia de Italia» (48), se fué alejando cada vez más y sólo dos meses después de Villafranca uno de los diarios más favorables a ella, *La Epoca*, hace notar que la idea de la confederación italiana «vendrán a degenerar, si ya no lo es, en una utopía».

Como nota general que puede servirnos para caracterizar los comentarios de estos periódicos moderados, podemos señalar la inconsistencia de sus opiniones: la rapidez con que se desarrollan los hechos les hace pisar un terreno

---

(46) Comentarios de 19-8-59 y 23-7-59, respectivamente.

(47) *La Epoca*, 15 de septiembre de 1859.

(48) *El Diario de Barcelona*, 20 de julio y 5 de agosto de 1859.

inseguro, y así, incluso en un mismo comentario, se advierten fuertes contradicciones. Esta característica se acentuará aún más cuando se les coloque en la disyuntiva entre liberalismo y catolicidad al entrar el ejército italiano en territorio papal y entonces veremos cómo, en buena medida, se repite el fenómeno de *El Herald* y vuelven la espalda a lo que antes apoyaban. En relación a Italia es nota común que celebran la «independencia» —esto es, la emancipación de Austria—, pero, por los peligros que ello entrañaría para el Papa, desconfían de una posible unidad.

Por unos meses las aguas vuelven a su cauce, pero la tranquilidad se rompe pronto con el desembarco en Marsala de la expedición de Los Mil, acaudillada por Garibaldi, que encuentra amplia repercusión en la prensa española (49). Las posiciones extremas no cambian respecto a Villafranca, pero sí se observa una marcada indecisión en las opiniones centrales. Y así *La Epoca*, que primero juzga el movimiento «consecuencia indeclinable del principio de soberanía popular» y de la voluntad de «unirse bajo la misma bandera que los toscanos, los parmesanos y los modenese» (50), diez días más tarde sostiene que «la anexión de Sicilia al Piamonte es un delirio, primero porque el pueblo siciliano no la quiere», especulándose, en consecuencia, sobre una posible unión de Sicilia en lo moral con Inglaterra, sobre una alianza entre Nápoles y Piamonte e, incluso, se hacen votos por la victoria de Francisco II (51). Pero ya el 7 de junio entra Garibaldi en Palermo, y mes y medio más tarde derrota en Milazzo el último ejército borbónico en la isla; al recibirse las noticias de este encuentro, *La Epoca*, si bien apoya aún a Francisco II, afirma que Nápoles, «por el momento, seguirá la suerte de Sicilia» (52). En este comentario se apunta ya una idea que se irá desarrollando en comentarios sucesivos: el tremendo peligro que para Europa supondría una Italia unida, por lo cual «la Europa no puede consentir que la situación de la Italia llegue a semejante extremo» (53).

Otro periódico moderado, *El Diario Español*, se limita a recoger los excesos de tradicionales y progresistas y a dar cuenta escueta de los hechos. Por su parte, *El Diario de Barcelona* nos ofrece un giro y unas contradicciones semejantes a las de *La Epoca*: mientras que el 20 de mayo señala que «la insurrección siciliana tiene por bandera la unidad italiana y por grito de guerra el nombre de Víctor Manuel», mes y medio más tarde prodiga duros ataques

(49) 11 de mayo de 1860.

(50) *La Epoca*, 10 de mayo de 1860.

(51) *La Epoca*, 18-5-60, 4-6-60 y 2-7-60.

(52) *La Epoca*, 25 de julio de 1860.

(53) *La Epoca*, 9 de agosto de 1860. Esto no impide que se alabe a Garibaldi y se reconozca el sentimiento de unidad.

al rey sardo y a Cavour. Por el contrario, a Francisco II se le considera «la víctima destinada a espiar las faltas de su padre y de su abuelo» (54), y al cual no unas reformas imposibles de arraigar, sino sólo la intervención francesa podría salvar. De modo semejante a *La Epoca* se proclama también que la unidad de Italia bajo Piamonte «es contraria a su historia, a sus tradiciones, al distinto carácter de los habitantes de sus diferentes provincias» (55).

El 20 de agosto desembarca Garibaldi en el continente y el 7 de septiembre hace su entrada en Nápoles. Esto lleva a un nuevo cambio al sector moderado y, mientras *El Diario de Barcelona* advierte que «la suerte de la dinastía de Nápoles está echada definitivamente» (56), *La Epoca* hace notar que, de todos modos, Nápoles y Sicilia hubieran pasado a poder de Víctor Manuel de modo inapelable (57).

Por su parte, las publicaciones de signo extremo siguen una trayectoria uniforme, si bien con diferencias secundarias. Un moderado mismo, *El Diario Español*, nos lo señala: «Los periódicos ultra-moderados vienen estos días que da pavor leerlos» (58). Condenan con frases altisonantes la agresión garibaldina y trata cada cual de echar las culpas de ello a alguien (59).

Progresistas y republicanos celebran, por el contrario, los éxitos del nizado, atacando a Francisco II y su tiranía, con el mismo repertorio de frases que los de signo opuesto. Apenas se dan afirmaciones de interés, como la de *La Iberia*, que advierte que «la lucha no está más que iniciada en lo que respecta a la emancipación de Italia» (60).

(54) *Diario de Barcelona*, 15 de julio de 1860.

(55) *Diario de Barcelona*, 7 de junio de 1860.

(56) *El Diario de Barcelona*, 11 de septiembre de 1860.

(57) *La Epoca*, 18 de septiembre de 1860.

(58) *El Diario Español*, 30 de mayo de 1860.

(59) En *La España* (19 de julio) se hace notar que, «cada Estado es allí una nacionalidad»; en *El Horizonte* (9 de septiembre), se hacen recaer las culpas en Francisco II, por las reformas concedidas a destiempo; en *La Esperanza* (9 de septiembre), se condena a Napoleón III por consentir la acción revolucionaria, y señala, el 11 de septiembre, que lo que hay en Nápoles es «una turba de invasores extranjeros auxiliada por unos cuantos traidores». Por su parte, *La Regeneración* —que en 1859 recomendaba fortificar Baleares—, habla ahora de «los poderosos elementos que Barrabás puede sacar de tan inicuo contubernio», de «las tormentas formadas en aquel puro y embalsamado horizonte por la ambición, el orgullo, la impiedad y todas las pasiones más innobles que trabajan a la mísera Humanidad» (22 de mayo).

(60) *La Iberia*, 30 de mayo de 1860. Pero el 19 de junio los términos que emplea no difieren mucho de los utilizados por *La Regeneración*: «La diestra misma, que rígida y convulsivamente empuñara el azote más bien que el cetro del más desenfrenado despotismo, tiéndese en vano mendigando un óbolo siquiera de intervención, a las puertas de los regios alcázares.» Como se ve, las armas son las mismas.

Tras la nueva derrota a orillas del Volturno, el monarca napolitano se encierra en Gaeta, quizá con la esperanza de una guerra entre Italia y Austria en la primavera de 1861 (61). Pero la guerra no estalló y, por otra parte, la atención europea se había desviado hacia ya tiempo de Nápoles, con el ultimátum de Cavour a Pío IX en septiembre de 1860.

\* \* \*

La entrada de Garibaldi en Nápoles sirvió para plantear un grave problema al Gobierno sardo, pues de seguir sus proyectos de liberar Roma hubiera colocado a Piamonte en un *casus belli* con Francia. Por otra parte, Cavour esperaba el momento de obtener al menos Las Marcas y Umbría y la ocasión era propicia para, como mal menor, obtener de Napoleón el «permiso» de ocupar las zonas señaladas, garantizándole en cambio la conservación del patrimonio de San Pedro de un posible ataque de Garibaldi. Quedaba encontrar el modo de romper las hostilidades con el Pontífice, al tiempo que Napoleón III pudiera excusarse de su no intervención... La solución fué el ultimátum que el 7 de septiembre dirigió Cavour al cardenal Antonelli, solicitándole el licenciamiento por parte del Pontífice de los militares extranjeros que figurasen en su ejército. En realidad esto fué un simple excusa, pues antes de que llegase la respuesta papal ya había cruzado la frontera el ejército piamontés.

Estos acontecimientos producen, naturalmente, un fuerte impacto en la opinión española, siendo nuestro Gobierno el único en Europa que hizo una llamada a las grandes potencias solicitando la intervención (62), de la que hubo de desistir al verse aislado. En la prensa, encontramos las tres posiciones ya señaladas, acercándose más los periódicos «centrales» a los tradicionalistas en sus afirmaciones, pero siempre dentro de una mayor mesura y una lógica más meditada. Así tenemos:

A) Los periódicos ultra-moderados, que se escandalizan por el acto de Víctor Manuel II. *El Reino* señala como causa de «la sacrílega lucha a la desapoderada ambición de Víctor Manuel y la iniquidad del espíritu revolucionario»; en consecuencia se inclina por

---

(61) *El Contemporáneo*, 22 de diciembre de 1860. Colaboraban en él Bécquer y Juan Valera. Por fin, el mismo Mola y Martínez, que meses antes apoyaba firmemente a Francisco II en *El Diario de Barcelona*, le aconseja ahora «no derramar sangre por una causa perdida».

(62) 10 de septiembre de 1860.

la intervención, pues no debe «el orbe católico tolerar semejante escándalo» (63). Semejantes son las consideraciones de *La España*, mientras que *La Esperanza* señala a Napoleón III como culpable de todo (64). Por su parte, el carlista *El Pensamiento Español* solicita la intervención, pues no intervenir «sería la deshonra, la ignominia de España, la abdicación de todo su poder, sería el suicidio»; por fin, se refiere a Víctor Manuel II como «rey excomulgado» (65). En suma la intervención armada española es el fin que persigue este sector de nuestra prensa.

B) Pero si existe en los periódicos ultramoderados esta unánime condena de los actos italianos, de los que pudiéramos denominar «centrales», si bien deploran la invasión de los Estados Pontificios —cuyos defectos administrativos, por otra parte, reconocen—, tratan de parlarla y explicar sus causas. Esto les lleva a ciertas indecisiones y muestra de ello es *La Epoca*, periódico tantas veces citado, quien primero considera la aspiración «a constituir a Roma en capital de toda la península» como «un deseo profundamente tradicional y eminentemente político» (66), para posteriormente referirse a las desgracias que, de caer Roma, sobrevendrían al mundo católico (67). De todos modos, como ya apuntamos, se reconocen los errores del Gobierno pontificio y se explica la acción de Víctor Manuel para impedir que se coloque «el gorro frigio sobre las ruinas del Capitolio» (68). Sin embargo, la política española no puede ser, para *La Epoca*, sino la de no intervención, si bien estando dispuestos a ayudar al Pontífice en lo posible (69).

(63) *El Reino*, 9 de septiembre de 1860.

(64) *La Esperanza*, 11 de septiembre de 1860.

(65) Comentarios de 9, 10 y 11 de septiembre de 1860. Colaboraba en *El Pensamiento Español* el escritor Francisco Navarro Villoslada, más tarde secretario del pretendiente duque de Madrid. Los comentarios abundan en imágenes que rozan lo ridículo: Los sucesos son de inmensa gravedad. Previstos estaban... Esperábalos la tierna niña en el hogar doméstico y se acogía temblando al regazo de la madre, y alzaba sus inocentes brazos al cielo, pidiendo a Dios misericordia; temálos la religiosa en su celda...», se escribía el 10 de septiembre. Y los acontecimientos de Italia le inducen a pensar que «nos hallamos en plena Edad Media».

(66) *La Epoca*, 10 de septiembre de 1860.

(67) *La Epoca*, 12 de septiembre de 1860.

(68) *La Epoca*, 21 y 25 de septiembre de 1860. En este último comentario aún se expresa confianza en la realización de la ya caduca idea de una Italia confederada. Tres días más tarde señala el periódico moderado que la unidad italiana fracasaría, a causa «de la raza diversa del piamontés, del siciliano, del napolitano y del milanés».

(69) *La Epoca*, 19 y 26 de septiembre de 1860.

Es curioso el caso de *La Verdad*, que primero se muestra favorable a la acción piemontesa, para dos días después referirse a «la desatentada invasión de los Estados de la Iglesia» (70).

C) Por fin, en las publicaciones izquierdistas se aprecia la satisfacción por los acontecimientos, así como la opinión de que el Papa hubiera debido ceder a la nota piemontesa y, en lo sucesivo, restringir su actuación a lo espiritual. También abundan las alabanzas a Víctor Manuel y Garibaldi.

La primera nota señalada se observa en la lectura de cualquier comentario de este sector, que considera la invasión como un paso más hacia el frente en la marcha irreversible que es el progreso humano: «¿Quién pudiera resistir con la fuerza la fuerza de los huracanes que prósperamente arrebatan hacia el anhelado puerto a este gigantesco Leviathan que se llama Europa?» (71).

También coinciden en señalar al Papa culpable de la guerra «por no acceder a una petición justa y razonable» (72). Por fin, consideran que la independencia italiana sólo se completaría una vez liberada Venecia (73).

Se inicia en esta época la controversia entre periódicos, que reviste gran violencia. Antagonistas destacados son *El Pensamiento Español* y *La Discusión*, cuya contienda merece ser reflejada por el moderado *La Epoca* (74).

Días más tarde, tras los encuentros de Castelfidardo y Ancona, sólo conservó el Papa bajo su cetro el Lacio, bajo la protección napoleónica. Aparte de Venecia, Roma pasaba a ser el gran obstáculo de la unidad italiana.

\* \* \*

Los sucesos de 1860 habían dejado resueltas tres cuestiones decisivas en Italia, pero aún quedaban dos fundamentales por concluir: Venecia y Roma.

(70) *La Verdad*, 9 y 11 de septiembre de 1860.

(71) *La Discusión*, 13 de septiembre de 1860. Artículo titulado «Dios lo quiere», en que se señala que «el progreso es innegable..., la reacción espira, la revolución triunfa».

(72) *El Pueblo*, 9-9-60. En semejante sentido, *El Constitucional*, 10-9-60; *La Discusión*, 13-9-60, etc. Las alusiones a lo inconveniente de un poder temporal del Papa, en *La Discusión*, 9-9-60; *La Iberia*, 13-9-60, etc.

(73) *La Discusión*, 13 de septiembre de 1860. A Garibaldi se le llama «héroe popular» y «soldado de la civilización».

(74) El 8 de octubre, *El Pensamiento Español* comenta un posible abandono de Roma por Pío IX, señalando que «la barbarie llama a las puertas de Roma; la revolución triunfa, los horizontes se oscurecen, las puertas de toda esperanza se van cerrando». Por su parte, responde *La Discusión*: «La barbarie que llama a las puertas de Roma es la libertad, los horizontes que se oscurecen son los horizontes del pasado». *La Epoca* dedica a la controversia sólo dos palabras. «¡Qué horror!»

Por ello, la cuestión italiana continúa viva en la prensa española y los comentarios son frecuentes en el período que sigue a la anexión de Nápoles. Sin embargo, su importancia es escasa al iniciarse el conflicto de 1866, pues toda la atención se centra sobre la acción austroprusiana.

Destacaremos un comentario de *El Contemporáneo* que antes de iniciarse la guerra (en 1864) se refiere a los supuestos derechos de Isabel II a la corona napolitana, para terminar advirtiendo a Italia que «no dé perniciosos ejemplos al mundo que la contempla»; advertencia extraña si consideramos la intervención en el periódico de Juan Valera, uno de los españoles que, como señala Mario Puppo, mejor comprendieron a Italia (75).

Al desatarse la guerra ya hemos indicado que los sucesos de Italia pierden interés. Así, señalaremos únicamente, y como nota principal, la escisión de los periódicos conservadores. Mientras que *El Diario de Barcelona* condena la acción italiana y compara la exigencia del Véneto por Italia con una posible de Cataluña por Francia (76), el carácter pro-italiano de *El Diario Español*, le lleva a no creer en la victoria naval austríaca de Lissa y esperar que haya existido alguna equivocación en los comunicados, o exageración en la nota oficial, después de señalar que sin Venecia, «el reino de Italia parecerá siempre mutilado» (77).

Más exiguos son todavía los comentarios al finalizar la guerra. Todo el interés se centra en los sucesos de Bohemia, dedicando tan sólo breves comentarios a los asuntos italianos, del estilo del de *El Diario Español*, de 2 de agosto, en el que al referirse al cese de las hostilidades hace referencia a la posibilidad de una anexión del Trentino al reino italiano.

\* \* \*

Tras la anexión de Venecia, sólo un obstáculo se presenta a la unidad italiana: Roma.

---

(75) *El Contemporáneo*, 22 de septiembre de 1864. En un artículo escrito por JUAN VALERA bajo el título de «La Revolución en Italia», explica el paso del neo-guelfismo de los primeros tiempos del Risorgimento, al gibelinismo que impera en 1860. Justifica la política piemontesa y defiende la revolución, observando que ha incurrido en escasos delitos y haciendo notar la naturaleza noble del sentimiento de unidad. Respecto a la ocupación de Umbría y Las Marcas, señala que es el papal un poder profano, bastándole para su independencia la ciudad de Roma. En *Obras completas*, tomo XXXVII. Madrid, 1913; págs. 31-84.

(76) *El Diario de Barcelona*, 12 de junio de 1866. Sin embargo, el 5 de agosto del mismo año saludará «la emancipación del Véneto como el único acontecimiento grande y justo» consecuencia de la guerra.

(77) *El Diario Español*, 21 de junio de 1866.

Al producirse, en los días finales de 1866, la retirada de las tropas francesas de los alrededores de Roma, se dió la oportunidad a Garibaldi para que intentase resolver la cuestión por la fuerza de las armas, lo que llevaría a cabo sin éxito en 1868. Es un suceso de relativa importancia, al que no dedicaremos demasiado espacio.

Una vez más se muestra en la prensa conservadora una bifurcación de sentimientos pro-italianos y pro-pontificios, difíciles de coordinar. Así, encontramos en *La Epoca* comentarios en los que se mezclan afirmaciones de la necesidad de independencia papal con alabanzas a Víctor Manuel por su valor militar, franqueza y lealtad (78). Esto es consecuencia, según el citado periódico, de que todo el mundo está en su puesto en Italia, hasta «el fanático» Garibaldi, y la misma Italia, «pues no hay que olvidar que aquella península es la patria de Maquiavelo y de los Borgia», a excepción de Napoleón III que es el único que va a ciegas, a juicio de *La Epoca*. En otros diarios, como *El Diario de Barcelona*, los comentarios carecen de significación, predominando la simple noticia. Al fracasar el intento garibaldino, el periódico catalán, que había permanecido silencioso durante el desarrollo de los acontecimientos, publica un artículo enaltecendo las virtudes del Pontífice, que se resumen en unos ditirámicos versos. Las publicaciones anticlericales no tratan, naturalmente, de la misma manera los actos pontificios y así en un comentario satírico de «Gil Blas», titulado «Antaño y Ogaño» (del que una sola frase servirá para definirle: «Antaño, decía Jesús: "Pax vobis..." Ogaño, responden los ecos del Vaticano: "¡Apunten, fuego!"»), da la réplica a los ripios del diario catalán (79).

Mas la derrota garibaldina no significa la salvación de Roma, y serán las victorias alemanas sobre los ejércitos napoleónicos las que decidan su destino. La suerte del poder temporal del Pontífice cuando Napoleón III retiró sus tropas de Civitavecchia, quedó decidida. La situación europea, en el verano de 1870 está expresivamente representada en un dibujo de la revista humorística *La Flaca*, titulado «Ecce Europa»: bajo un horizonte de negros nubarrones, luchan en primer plano Francia y Alemania, mientras que un poco rezagado, Víctor Manuel aprovecha que todas las miradas coinciden en los contendientes, para asfixiar al Papa...

Un rasgo destacable en la prensa que antes considerábamos como central, es la pérdida de esta posición, para colocarse definitivamente al lado de los ultraconservadores, si bien no son tan extremados en sus comentarios. Estos, por la libertad de prensa imperante, destacan por la dureza de los ataques al

(78) *La Epoca*, 28 de octubre de 1868.

(79) *Gil Blas*, 3 de enero de 1869.

adversario político, al que dirigen fuertes insultos. Los articulistas no se detienen tanto en el examen de los distintos aspectos de los problemas como centran su atención en el ataque directo y personal. De ahí que en este período de rabiosas polémicas, todos los comentarios tengan por común denominador el apasionamiento y la falta de objetividad. Examinaremos a continuación las diferentes posiciones.

*El Pensamiento Español* y *La Esperanza* están de acuerdo en considerar un crimen la acción del Gobierno italiano, pero su reacción es diferente, pues mientras el primero centra su atención, en unos artículos llenos de lamentaciones, en las desgracias que ocasionarían al mundo los acontecimientos italianos, el segundo se lanza a un furioso ataque ininterrumpido contra Víctor Manuel (80), afirmando que incluso «el bandido que acecha en despoblado al viajero es una figura mucho más digna y caballerosa que ese desdichado monarca», para después calificarle de «coronado eunuco de Florencia».

No tan agresivo es el estilo de *El Pensamiento Español*, que describe la situación con unos tintes en extremo lúgubres. Afirma que «se quiere hacer morir al Sumo Pontífice, pero antes se le escarnece», que «en Roma, los sepulcros de los Santos son profanados» y en el Coliseo se reproducen las impiedades que no se habían visto desde hace quince siglos... Sin embargo, también ataca a Víctor Manuel que se convierte en blanco del periódico cuando algunas semanas después (81) se comienza a hablar del duque de Aosta para ocupar el trono español: «Nadie mejor que un individuo de la casa de Saboya, acostumbrado a la política de despojo, puede venir aquí a consolidar la misma política», comenta el periódico carlista.

Para completar el panorama de este sector de la prensa española contraria a la ocupación de Roma, nos ocuparemos de *La Epoca* y *El Diario de Barcelona*. El primero define la ocupación de Roma como un «acto de violencia y un inicuo despojo», aludiendo a que el Sumo Pontífice posee «buenos títulos de derecho, tan buenos por lo menos como los del rey de Italia» en su soberanía (82). A su vez, en un comentario editorial del 26 de septiembre, *La Epoca* resume su opinión sobre los acontecimientos italianos: En primer lugar, la ocupación de Roma constituye un abuso de la fuerza sobre el derecho; los italianos tenían derecho a su independencia respecto de Austria, pero una vez conseguida ésta, podía constituirse políticamente como gustase, sin que

---

(80) *La Esperanza*, 21 de septiembre de 1870. La sanción gubernamental que se atrajo *La Esperanza* por su falta de comedimiento fué causa de que *La Epoca* pidiese el 28 que tampoco se atacase al Papa.

(81) *El Pensamiento Español*, 2 de noviembre de 1870.

(82) *Diario de Barcelona*, 22 de septiembre de 1870.

«ninguno de sus Estados tuviese derecho para conquistar a los demás por el mero título de su mayor fuerza material», «de tener mejores soldados y revolucionarios más activos». Así se consumaron —continúa *La Epoca*—, las ane- xiones precedentes, pero este nuevo paso significa que «sólo quedan en pie los Estados que cuentan, para sostenerse y hacerse respetar, con buenos y numerosos batallones». A continuación se refiere a la «digna resignación» de Pío IX y a la «inesplicable ira de los que creen que el liberalismo consiste sólo en hablar mal del catolicismo y de sus instituciones», dirigiéndose particularmente a *La Iberia*. Como se puede apreciar, se ha efectuado en *La Epoca* un giro semejante al de *El Herald*, en 1848, si bien de menor radio (83).

Con este corrimiento hacia la derecha de los periódicos que antes ocupaban una posición central, son muy escasas las publicaciones que se mantienen aún en el punto medio. Con sus defectos y errores es representativo de esta posición *El Imparcial*, que en un editorial titulado «La cuestión de Roma», afirma que es tan normal la postura del Papa, protestando, como la usurpación italiana, «que la historia se encargará de justificar luego plenamente, absolviendo a los usurpadores»; por otra parte, cualquier potencia auxiliaría al Papa, en el caso de verse su persona en peligro, pero esto no sucedería reinando Víctor Manuel (84). Días más tarde señala como conveniente la salida del Papa de Roma, para que así «pueda ocuparse libremente de las funciones espirituales que tanto deben llamar su atención» (85).

---

(83) En otros comentarios de fines de septiembre, se hace notar que todo el mérito de la acción pertenece a Mazzini y Garibaldi: «Cuando esta ciudad sea capital de Italia, la corona de Víctor Manuel rodará por el suelo» y, una vez destronado, y proclamada en Roma la República, «Víctor Manuel paseará en tierra extraña la humillación y la amargura que ha hecho sufrir a las víctimas de su ambición». No menos favorable es el también moderado *El Eco de España*, que se refiere al «inicuo atropello cometido en la persona del papa-rey en sus legítimos Estados, por el gobierno del rey de Italia».

No difiere mucho de la postura expresada en 1870 por *La Epoca*, la que manifestará GANIVET un cuarto de siglo más tarde: «El aniquilamiento del poder político establecido en Roma «es el único fin posible de la cuestión romana. Roma es esencialmente una ciudad teocrática y «no puede ser asiento de un poder político estable». En vez de «una nación simétrica, con Roma por capital», pudieron los italianos «fundar algo menos regular y perfecto, pero más firme y durable» —hasta aquí existe casi completa coincidencia—. Por fin, al requerir la consolidación de la unidad el aniquilamiento del poder espiritual del Papa y ser éste, sin duda, más fuerte que el poder temporal italiano, no hay duda, para GANIVET, de que acabará triunfando el primero. Ver *Idearium Español*, Ed. Austral. 6.ª ed., Madrid, 1962, págs. 110 y sigs.

(84) *El Imparcial*, 13 de septiembre de 1879.

(85) *El Imparcial*, 22 de septiembre de 1870.

Por su parte, se manifiesta una escisión en los periódicos de izquierda. Mientras que un sector se limita a celebrar el hecho y cargar las culpas a Pío IX de los derramamientos de sangre, calificando su actitud de «tenebroso plan y recurso de hipocresía» (86), sin que exista «opresión, irreverencia, ni desacato» en la acción italiana. Por otra parte, *La Discusión* pasa por alto lo conseguido por el Gobierno de Florencia y piensa ya en la sustitución por una República de la Monarquía de los Saboya, que pasa así a ser objeto de sus ataques: el Gobierno italiano es «ridículo y torpe», compuesto de «inhábiles ministros», su diplomacia «aduladora y servil» y la ocupación de Roma... «un abuso de la fuerza, verdadera usurpación de Víctor Manuel sobre el pueblo romano». En consecuencia, los italianos «nada deben a la monarquía, porque ésta sólo cede a la presión de las circunstancias», y pronto se producirá «su ruina, si no cae antes envuelta en los girones del manto papal». El objetivo del comentarista es, pues, la República de Italia y, posteriormente, los Estados Unidos de Europa. Por fin, no faltan las referencias al «señor Mastai-Ferretti y sus angélicos cardenales» (87).

\* \* \*

A través de este largo periplo que hemos efectuado siguiendo las vicisitudes del Risorgimento italiano en las publicaciones españolas, destaca, en primer lugar, la tensión en que se mueven los comentarios moderados. Este sector de la prensa es el reflejo, tengámoslo en cuenta, del sector dominante en la opinión pública española, que se enfrenta con el mismo dilema. Por una parte, se encuentra la tendencia al progreso, a reconocer el principio de las nacionalidades, la necesidad de las reformas políticas; por otra, los sentimientos católicos españoles, nuestro acentuado giüelfismo. La difícil coordinación entre estos dos principios casi nunca se efectúa en lo concerniente a la unidad de Italia y así nos encontramos, al correr de los años, giros, indecisiones, explicables por la dificultad de concertar dos principios que, aparentemente, figuran casi siempre enfrentados. La no diferenciación entre la personalidad religiosa del Pontífice y la política, entre el Vicario de Cristo y el jefe de Gobierno de los Estados pontificios, lleva a considerar como sustento indispensable del poder espiritual al poder temporal sobre un determinado territorio, y esto sucede no sólo en personalidades políticas de signo más o menos conservador, sino también en liberales reconocidos y que comprenden a Italia, como el ya citado

---

(86) *La Iberia*, 25 de septiembre de 1870.

(87) *La Discusión*, 10, 13, 22, 23 y 24 de septiembre de 1870.

Juan Valera. Por otra parte, la posición irreductible e intransigente de Pío IX sirve para elevar aún más la tensión al situarse como mártir de las ambiciones italianas. Esto quita toda posibilidad de equilibrio al católico español que, aun a su pesar, se ve obligado a elegir entre el bien y el mal, entre lo espiritual y lo temporal que quiere prevalecer; la consecuencia es que el conservador español se inclina decididamente por la *civitas Dei*, viéndose obligado a oponerse a una *civitas terrena* que, sin embargo, no le desagrada demasiado. La perspectiva histórica no servirá, como hubiera sido de esperar, para cambiar las cosas y muchos católicos españoles seguirán viendo hasta nuestros días el Risorgimento italiano con el mismo espíritu que en 1870 (88).

ANTONIO ELORZA DOMÍNGUEZ

---

(88) En 1896, GANIVET planteaba de nuevo, como ya vimos, la irreductible oposición entre lo temporal —Italia con Roma por capital—, y lo espiritual —el Papado—, que, según el pensador granadino tendrá que prevalecer. De no ser así tendría que sucumbir, lo que no es posible. Vid. *Idearium Español*.

